

La Utopía Defectuosa

Por Dr. Dennis Alicea Rodríguez
Rector, Universidad del Turabo

Una distinguida filósofa de Oxford, Mary Warnock, solía sostener taxativamente que la calidad de la educación universitaria radicaba en la capacidad para fortalecer la imaginación del estudiante. Israel Scheffler, otro filósofo, no menos distinguido de Harvard, apuntaba tres valores fundamentales que la educación debía producir en el estudiante: seguridad personal, juicio crítico e independiente y juicio fundamentado en evidencia. Un tercer filósofo de la Universidad de Londres, Richard Peters, menos reductivista y más ambicioso, ampliaba los criterios de un “ser educado”: capacidad para deleitarse; conocimiento profundo basado en el desarrollo de esquemas conceptuales; visión coherente e integrada de la vida; sensibilidad y comprensión de la realidad.

La lista se podría continuar ampliando y así producir y reproducir un extenso catálogo de virtudes generales que un estudiante universitario debería exhibir al concluir trabajosamente sus estudios universitarios. Sin embargo, resulta más prudente, para guiar una actividad intencionalmente dirigida como es la educación, focalizar en un conjunto razonable y circunscrito de fines fundamentales para, así, no perder la perspectiva de esta actividad teleológica: ni reductivismo extremo, ni pluralismo incualificado –tal parece ser la consigna. Es precisamente un pluralismo *irrestricto*, a mi juicio, lo que parece caracterizar, desafortunadamente, al Anteproyecto de **Un nuevo bachillerato para el año 2000**. Ya el estremecedor título anuncia con pretensión su destino.

El Anteproyecto es, sin duda, un esfuerzo interesante y provocador al plantear, dicho en términos parlamentarios, una moción principal, tal que pueda ser enmendada, sustituida o, lo que podría ser su probable destino fatal, “dejada sobre la mesa”. Es siempre significativo, a mi modo de ver, el ingente esfuerzo que seguro supone articular un Anteproyecto ambicioso como éste. Mis comentarios, más modestos, sólo pretenden adelantar algunos problemas que deberían plantearse para despojar al Anteproyecto de su “halo” místico.

La empresa educativa suele producir un “inmenso arsenal de mercancías”. Muchas de éstas adquieren la fisonomía de grandes lemas o “slogans” que, periódicamente, forman parte de la moda a la altura de la cual muchos quieren estar: pensamiento crítico, pertinencia educativa, educación globalizante y futurista –sólo para mencionar algunos de los más estentóreos. Me parece que el Anteproyecto absorbe acríticamente –o al menos sin crítica evidente– muchos de estos “slogans” que se han destilado en los últimos años, y que se convierten así en virtudes categóricas o fines de la educación.

La tradición analítica de la filosofía ha propuesto de modo interesante someter estos “slogans” o fines a un escrutinio crítico *estricto*, ya que, por

la carga axiológica de que vienen impregnados, tienden a ser aceptados sin levantar sospechas de orden lógico, pragmático, moral-teleológico o epistemológico. Quién se opondría, en su sano juicio, a “virtudes”, tales como:

1. capacidad para comunicarse clara y lógicamente en español e inglés. . . y, si posible, en un tercer idioma.
2. sensibilidad estética.
3. capacidad para criticar, renovar y construir conocimientos.
4. destrezas interpersonales.
5. comprensión de sí mismo, de la naturaleza, la sociedad, la cultura y la humanidad.
6. conocimiento especializado y profundo, balanceado por una formación amplia y comprensiva.
7. conocimiento de la tecnología, la informática, la cibernética, las matemáticas, las estadísticas . . .
8. formación como investigador y, por ende, como creador de nuevo conocimiento.
9. conservador y conocedor del ambiente.
10. desarrollo de valores éticos, cívicos, estéticos . . .
11. educación que sea pertinente, crítica, creativa, coherente, diversa, integrada, flexible, variada, comunitaria, interdisciplinaria, multidisciplinaria, transdisciplinaria, globalizante . . . para toda la vida.
12. ¡Ah! y, finalmente, que sirva para el mercado de empleo.

Proponía pues la venerable tradición analítica aludida que estos fines fueran examinados, tanto en su significado literal, como en su significado “simbólico” o práctico (lo que pretendían como valores de movimientos pedagógicos). Aclaradas las preguntas de su significado, sería de rigor entonces, contestar las preguntas de su justificación.

Permítanme ejemplificar la propuesta de análisis. El nuevo bachillerato tiene como uno de sus fines promover la capacidad crítica en el estudiante. El “slogan” del ya ajado pensamiento crítico, como sabemos, es uno que lleva un buen rato con nosotros, sin ser higienizado. ¿Qué significa ser crítico después de todo? ¿Es razonar lógicamente, tal que se puedan deslindar las premisas de sus derivaciones, conocer las formas correctas del razonamiento, analizar la estructura de los argumentos, etc.”? ¿O el concepto de “crítico” se toma en el sentido en que, quizá, la Escuela de Frankfort podía entenderlo: capacidad para cuestionar y no dar por sentado, ni dejar intocados los supuestos del orden social establecido? ¿O significa algo así como un conjunto de “destrezas de pensamiento”, una especie de lógica informal con bordes difusos?

Si consideramos, por otro lado, su significado “simbólico” o práctico, evidentemente la agenda de promover la virtud del llamado pensamiento crítico está dirigida, como antídoto, a la educación fundamentada en la mera acumulación de información y datos; a las formas diversas de dogmatismo y a las modalidades del realismo ingenuo. Estos propósitos parecen, sin duda, loables. Creo, sin embargo, que aún habría que plantearse razonablemente algunas preguntas de justificación. ¿Qué educación universitaria, digna de llamarse tal, puede plantear como parte de un “nuevo” bachillerato, algo que debemos suponer inherente a la educación universitaria presente? ¿Qué de “nuevo” tienen éstos y muchos otros conceptos trillados que la propuesta aglomera? Mi preocupación no es cínica, es genuina.

Estimo que éstas –y otras preguntas que se podrían producir– son legítimas y necesarias en este contexto. No pretendo agotarlas, obviamente; pero sí plantear el alcance de un ejercicio intelectual necesario de higienización y clarificación ante la multiplicidad de conceptos propuestos en el Anteproyecto.

Hay otras interrogantes de otros órdenes que, a mi juicio, reclaman también contestación o clarificación en el Anteproyecto. Interrogantes, por ejemplo, de carácter pragmático: digamos, asumiendo que sea justificable el Anteproyecto, ¿es realizable? ¿Si cambiar un curso o revisar una concentración es ya tortuoso en la universidad que conocemos, cuán viable es desmontar la educación subgraduada completa? ¿No sería más razonable aplicar un principio de parsimonia, tal que se procuren cambios delimitados y esenciales de cara al mítico año 2000? Hay interrogantes también de carácter lógico: por ejemplo, ¿son los fines educativos planteados consistentes lógicamente entre sí? *Prima facie*, apostaría a que no. Interrogantes de carácter moral-teológico: sabemos, digamos, que la educación universitaria tiene, sin duda, una responsabilidad social que cumplir. Sin embargo, la pertinencia que el proyecto destila parece de una naturaleza estrechamente práctica. Acaso no podemos hablar de una *pertinencia no-práctica*, donde la racionalidad y la autonomía crítica jueguen un papel fundamental para el propio fortalecimiento del sistema social.

Decía Richard Peters que los fines educativos, universitarios o no, deben cuidarse de una peligrosa polarización: no deben ser ni remotos, ni obvios. Los primeros porque conducen a la frustración paralizante. Los segundos, porque no conducen a nada. Tal vez sería deseable una lectura del Anteproyecto con este binomio interpretativo a la mano.

¿No es el Anteproyecto de **Un nuevo bachillerato para el año 2000**, desde su mismo título, una especie de utopía defectuosa, un desgarrado esfuerzo totalizador de propuestas educativas que tienen, como mal de fondo, la ingenua pretensión de contenerlo todo; un modelo ecléctico que pretende reunir los fetiches ideológico-educativos del momento? Esta pregunta fundamental, acaso de retórica, me acompañó a lo largo de mi lectura.